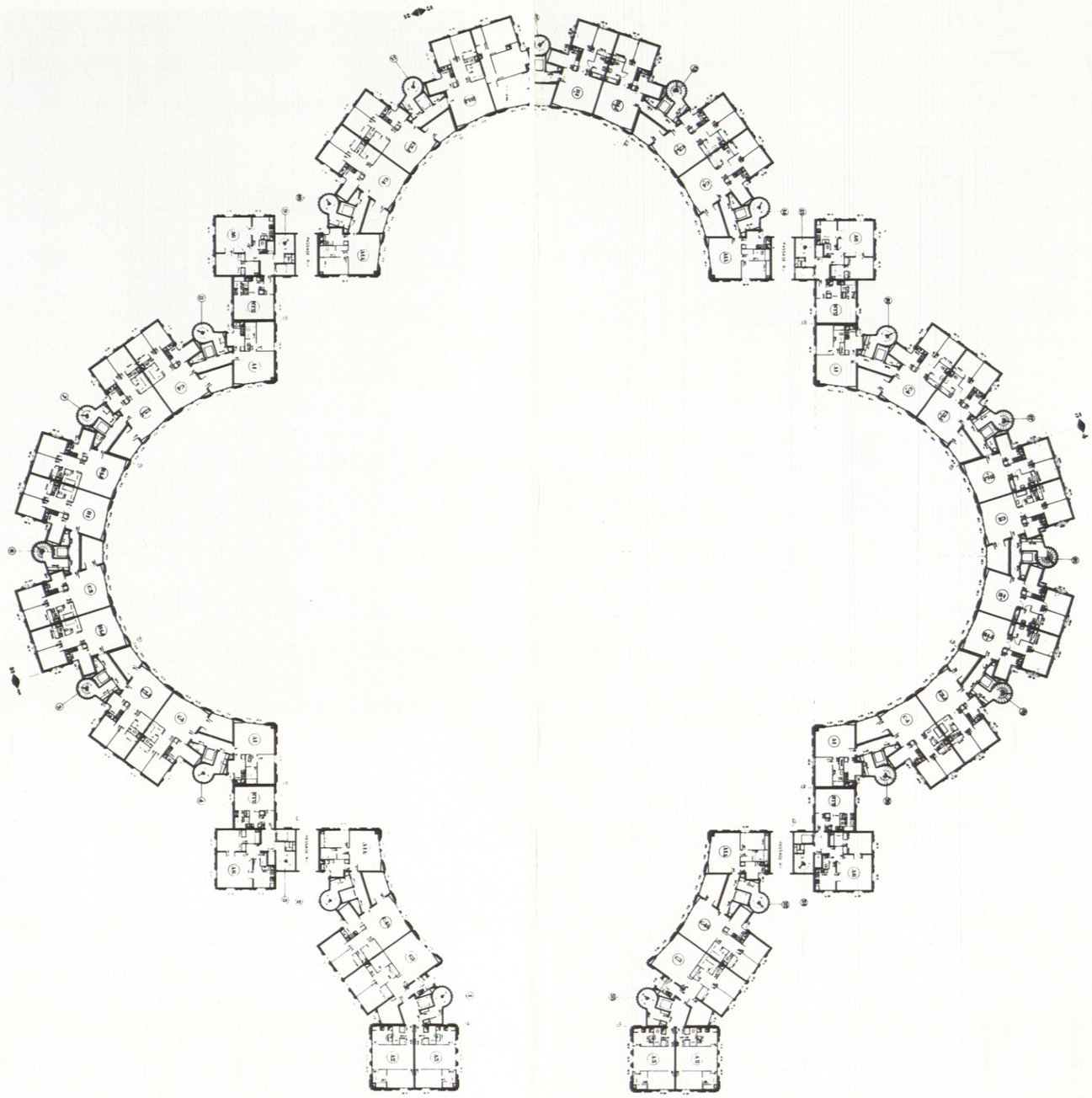
ARQUITECTURA

Del post-modernismo a Ricardo Bofill

Frente a una arquitectura que se quería función pura y lisa, sin trampa ni cartón, hemos asistido estos últimos años a la recuperación del repertorio estilístico convencional. Para luchar, sin embargo, hay que empezar por abrazarse: de ahí que esta nueva actitud haya tendido a tomar el mismo tono o carácter de aquello que rechazaba, hasta transformarse, en el límite, en su perfecto negativo. La forma o el estilo, reivindicados frente a la tradición funcionalista, adquirieron así bien pronto la misma seriedad y univocidad que el concepto racionalista de función. Y la adquirieron en la medida en que la intención de los nuevos arquitectos era más clara que su efectiva capacidad de creación —lo que "querían decir" más evidente que de lo que de hecho hacían o decían—. ¿Era su mensaje más o menos simbólico o formalista, clásico o populista? Poco importa. El hecho es que aparecía más como un mensaje ideológico que como un real paisaje arquitectónico.

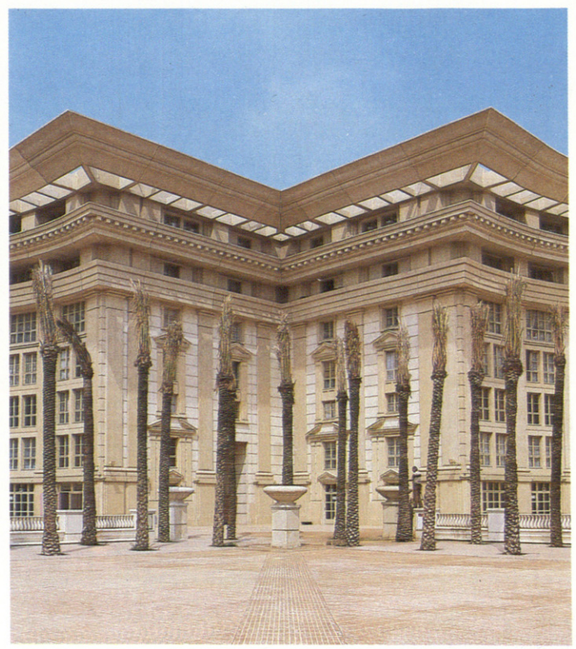
Charles Jencks ha tratado de distinguir o clasificar estos arquitectos "post-modernos" según el sistema de convenciones estilísticas en el que cada uno se inspiró. Desde ahí se podía decir que Rossi, Krier, Botta retomaron el lenguaje arquitectónico de los 30; del fascista al estalinista, pasando por el estilo (sic) racionalista; que Venturi o Moore navegaron entre el populismo y el manierismo, y Ricardo Bofill entre el eclecticismo de Marne la Vallée y el clasicismo maduro del proyecto de Montparnase. Ahora bien, para evaluar la importancia y repercusión de una obra no basta una clasificación estilística de este tipo. Se ha definido la competencia retórica como la capacidad de retomar, distorsionar y desplazar un elemento en relación con su uso ya establecido o codificado. Pues bien, es esta competencia la que vemos operar en Marne la Vallée cuando las columnas recuperan la función de la "caja" de la escalera y la textura del muro cortina; cuando la forma y escala de estas columnas es reelaborada con una fuerza parecida a la que les imprimió Soufflot en su programa neoclásico. Y es esta misma habilidad la que en el Palacio le permite retomar y prolongar en forma plana el juego volumétrico de la fachada contigua, o tratar sus espacios interiores con el cuidado que nuestras sociedades privatizadas han sabido sólo dar a sus interiores.

Lo que está claro es que la arquitectura del Taller no era una arquitectura de taller —una arquitectura de "estudio" o de "arte y ensayo"—. En contraste radical con una arquitectura moderna que le encontró demasiado gusto a las maquetas. Ricardo Bofill piensa que el vocabulario tradicional puede sólo renovarse si es capaz de asimilar una tecnología, un programa, una significación actuales —si no se limita a jugar con un programa a una escala "ad hoc" para sus experiencias—. De ahí la voluntad constructiva de Bofill y su rechazo de una arquitectura "experimental" por la que pudo sentirse tentado hace unos años.



Nada menos gratuito, por otra parte, que su elección de un vocabulario clásico: el sistema formal sigue las posibilidades constructivas y significativas de la obra con la misma precisión con que para los racionalistas debían seguir las posibilidades funcionales. Los elementos y proporciones clásicas (euritmia, etc.) parecen así descubrir sus "afinidades electivas" con el sistema de producción industrial en el proyecto Antigona (Montpelier), estos elementos sirven de parámetro de control para un desarrollo urbano coherente y eficaz: en el de Montparnase la inspiración en Bernini le sirve para diseñar, como los arquitectos de la Plaza Vendôme o des Victoires, un espacio vasto y significativo en el centro de una zona densamente poblada —un espacio que no ha de "transparentar" su entorno sino que pretende constituirse en contrapunto ordenado y monumental del mismo—. De ahí en fin, su elección, para el Palacio, de un lenguaje ecléctico y agresivo como correspondía para el primer —y tal vez único— monumento al suburbio de la sociedad industrial.

Es este carácter singularmente acordado a un programa, a un lugar y a un objetivo lo que hace a las últimas obras de Ricardo Bofill literalmente inimitables —inimitables incluso por él mismo—. Cuando numerosos arquitectos imitarán y/o denigrarán las construcciones del Taller de Arquitectura, Ricardo Bofill estará ya lejos. Su obra, sin embargo, continuará estando ahí: tan simbólica como local, tan emblemática como irrepetible.

X. Rubert de Ventós

Ricardo Bofill. Taller de Arquitectura, Ed. Gustavo Gili, Barcelona 1984.